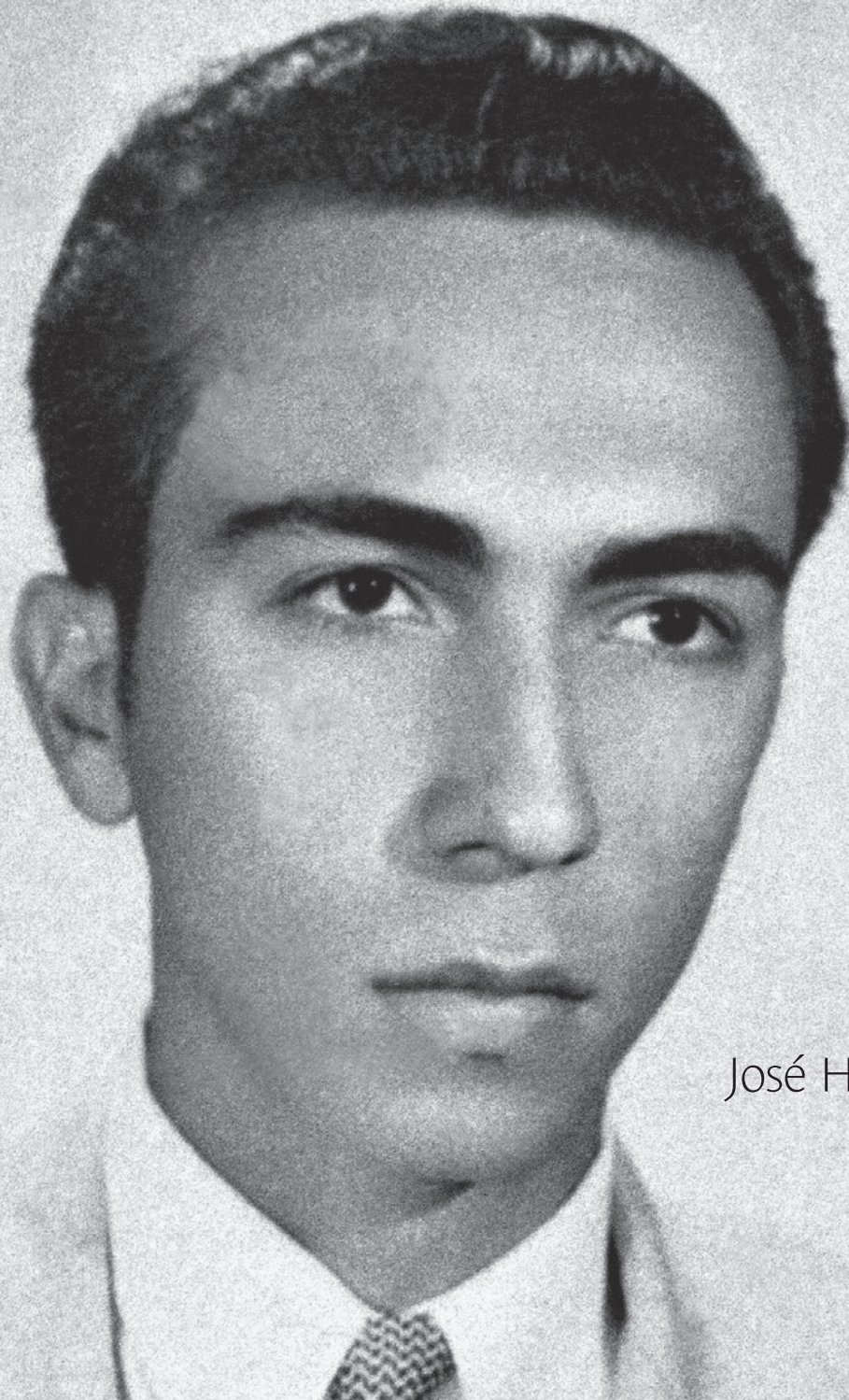


antesydespuésdelHubble

Que veinte años no es nada: dos décadas sin
Juan Vicente Melo (1932-1996)



Juan Vicente Melo. Autor anónimo / CNL-INBA

José Homero

A Rafa, naturalmente.

*Miente quien dice en la vida
“Muchos males he sufrido”.
Sólo de un mal sufrimos
Es del mal de haber nacido*
COPLA ANÓNIMA BRASILEÑA.

UNO DE LOS PRIMEROS MESES DE 1985 CONOCÍ A JUAN VICENTE MELO en la oficina de Luis Arturo Ramos, a la sazón director del Departamento Editorial de la Universidad Veracruzana, ubicada en una casona estilo andaluz de la calle de Zamora, en Xalapa, actualmente sede de la Escuela para Estudiantes Extranjeros de la universidad. Nos alejaba la edad y nos acercaba la ciudad: vivíamos en el mismo barrio, el Dique, ya para entonces más el rumbo donde se erigía la pequeña villita —una iglesia consagrada a la Guadalupana— y menos el cubil de porros y pandilleros que los abuelos recuerdan. Juan vivía en un sombrío departamento al fondo de un estrecho pasillo en Mártires de Xalapa, que motivaba su observación de que siempre había vivido en calles con nombres heroicos: en México en Mártires del 47 —José de la Colina cuenta que la mordacidad la convirtió en Cadetes del 41—. La vecindad decidió durante varios años, hasta poco antes de su retorno a Veracruz, tardes y noches de apasionada conversación, de enconadas discusiones, de cálidas borracheras.

Una de las virtudes menos recordadas de Melo fue su empeño magistral. En Xalapa fungía como una suerte de amuleto. Multitud de curiosos, diletantes, bohemios, periodistas, y aun de las más insólitas profesiones que se reclamaban cercanos a él, cuando no sus pares, discípulos, cofrades lo asediaban, detenían, seguían en las calles, los restaurantes, las galerías. Melo los acogía con la delgada, gélida sonrisa que indicaba su renuncia a conversar; esa delgada, silente sonrisa que se convirtió, en sus días postreros, no en una renuncia a conversar —él, que era tan chismoso—, sino en una señal, dolorosa señal, de la imposibilidad de hacerlo.

Una tarde de tenue neblina asistimos a una conferencia sobre psicología de masas que dictaba Carlos Monsiváis, concluyendo una semana cultural. Con pasmo descubrimos que la cajetilla de cigarrillos Del Prado también concluía. Melo fumaba mucho y yo, entonces, también.

Delante nuestro, un muchacho con una sudadera de algodón en tono bermellón, cabello lacio y corto, fumaba esmeradamente. Le pedí cigarrillos y Juan, quien evidentemente lo conocía, me lo presentó como “un ratón de papel”.

Tras esa memorable velada en la que el poco cortés director de Psicología cerró las actividades del ciclo con un grosero “espero que el próximo año tengamos algo mejor”, para asombro y solaz del estupefacto Monsiváis, a quien recuerdo alzando sus gruesas cejas y realizando un gesto como si tragara saliva, Rafael Antúnez —tal era aquel fumador empedernido que hoy, retirado del hábito ha escrito un prodigioso ensayo intitulado *Memorias de un fumador*— y yo comenzamos a encontrarnos en el martiroológico departamento de Melo, donde era imposible caminar, ya que los libros estaban siempre amontonados: en piso, sillones, sillas, cama. Recuerdo que además de luchar con la resma de trastos que se acumulaban en el pequeño fregadero de la cocina para encontrar un vaso limpio donde servirnos un trago teníamos que apartar pilas de libros para poder sentarnos.

Melo nos transmitió el amor por la genealogía. Él, como sus compañeros de generación, asumieron, por voluntad propia, la tradición del arte exigente, del ejercicio de la crítica en todos los ámbitos de la sociedad, así la política o el arte. Ellos reavivaron la llama de Contemporáneos y de Taller. Ellos se convirtieron en los jóvenes paladines de Octavio Paz en *Plural* y *Vuelta*; revista donde las diferencias cronológicas se anulaban para converger enarbolando el pendón de la libertad y de la calidad estética. Merced a ese aprendizaje, siempre vi a *Graffiti*, la revista que dirigí por años de penuria en Xalapa, como una continuidad de ese linaje, aunque con una óptica, claro está, novedosa; y como a esas revistas, a esas generaciones, no pocas veces nos tildaron

de extranjerizantes cosmopolitas, elitistas y otros adjetivos que la mediocridad segrega con tanta rapidez como una medusa toxinas.

La relación que se estableció entre Juan Vicente y mi generación xalapeña —por entonces, además de Antúnez, Ricardo Perry, Gerardo Ventura, Nina Crangle, Francisco Magaña, Víctor Hugo Vázquez— se expresó en el homenaje en El Ágora de la ciudad del DIF Veracruz en enero de 1989. Asistieron Carlos Monsiváis, Tomás Segovia, Andrés González Pagés, Alberto Paredes, Jorge de la Luz, amén de los amigos y jóvenes alumnos de Melo en Xalapa, como Luis Arturo Ramos, Marco Tulio Aguilera Garramuño, Octavio Reyes, Guillermo Villar, Mario Muñoz, Guillermo Cuevas, Antúnez, Ricardo Perry, Francisco Magaña, y quien suscribe, cuyos escritos, junto a una carta de Gabriel García Márquez y un envío de Inés Arredondo, recogimos en sendos números dedicados a Melo en *Graffiti*, suplemento. Más tarde, en el número cuatro de *Graffiti* —revista— reproducimos el texto de Arredondo; una nueva entrega del ensayo que entonces Ramos preparaba sobre Melo —el cual finalmente se convertiría en un libro, *Melomanías: la ritualización del universo (una lectura de la obra de Juan Vicente Melo)*— y un cuento inédito de Juan: “Tranvía con vista al mar”, el cual generosamente me dedicó. Este homenaje tenía un precedente: el Congreso de Novela organizado por la Universidad Veracruzana en 1984. Nuestra rendición tuvo un cariz más íntimo y aun cuando Monsiváis y Segovia amablemente aceptaron con gentileza la invitación, no existió publicidad suficiente, tanto por la apatía de las autoridades como de los acuciosos periodistas, siempre preocupados por los chisporroteos de las luminarias locales.

Debo a Melo la convicción de la literatura, del arte como una íntima y última religión que otorga sentido

a la ausencia de sentido de nuestras existencias. Advierto su huella en el rigor de mis compañeros de generación, en el humor acerbo y maledicente de unos, en ciertos matices de estilo de otros. Sé que su importancia se advierte en cierto modo de coger el cigarrillo, en ciertas muletillas, en la forma de cruzar la pierna. Ignoro a cuántos tocó su gracia; presiento que a muchos. En Xalapa, pienso en Pepe Maya —con quien coincidió en México en los sesenta—, en Eliobet Caudillo, en Cheché Morales, en cofrades ya entonces legendarios y distantes; en México, donde sus coetáneos lo recuerdan con emoción, en José de la Colina, a quien llamé en aquellos días y me confesó el estupor y el dolor que esta muerte le causó, quien escribió un memorable recuerdo que es al mismo tiempo una crónica de su propia juventud; en Monsiváis; en García Ponce; en Gurrola; en Rojo; en Felguérez; en todos aquellos cuyas pinturas, cuyos rostros desde molduras de tonos mortecinos protegían tutelarmente el sueño de Melo en su recámara.

Mientras contemplo el framboyán cuyas yemas encendidas se poblaban de zanates al atardecer, pienso también en quienes hicieron más llevaderos sus últimos años en Veracruz, desde sus hermanas hasta los jóvenes escritores del puerto que supieron encontrar en Juan el mentor prodigioso —nadie como él para acercarnos a la Gran Literatura, para introducir al arte y reiterar como *motiv* de una sutilísima composición, la imposibilidad de vivir sin amor—.

Los colores lívidos de las hojas del almendro parecían reflejar los tonos deslavados, como un vestido de raso ligeramente raído, del ocaso. Tarde tropical con un aroma ligeramente ácido y dulzón, como el de la crema de afeitarse Gillette, aroma de lima, que usaba Juan Vicente. Ya muchos de los lugares que Juan solía visitar han desaparecido. Hará unos años entré al bar de un hotel en Xalapa y el cantinero me reconoció. “Usted era el joven que venía con Juan Vicente al Barón Rojo, ¿no me recuerda? Yo era el barman”. Una noche volví con Ramos a ese bar pero ya eran otros los empleados. Como el personaje de “El Aleph”, a cada momento constatamos que los objetos, los lugares, cambian, señalando la perennidad de nuestros afanes. Sin embargo, sé que algún día me toparé con alguien, que tras encender un Del Prado y beber un Bacardí “pintadito”, me confiará haber escuchado la tarde del viernes aquel 16 de febrero en el bar de El Salmenes, en el antiguo Barón Rojo, en las habitaciones del hotel María Victoria, en el café La Parroquia, en el Teatro del Estado, en todos esos lugares que componen nuestro museo sentimental de la ciudad de Xalapa, el tartajante sonido de unos pasos y un bastón. ■■■